

Palabras de la Embajadora Liliana de Torres-Muga, en los Jardines de la Paz, en el sepelio de la Embajadora Carmela Aguilar Ayanz

5 de Junio de 2012

A pedido de las hermanas Gloria, Fanny y Lilia Aguilar Ayanz, y de mi joven colega Jaime Casafranca Aguilar, traigo a este Camposanto la palabra de las mujeres del Servicio Diplomático del Perú.

Son expresiones cargadas de emoción, ante Carmela, a quienes las diplomáticas peruanas consideramos nuestra hermana mayor, que nos sirve de paradigma por su trayectoria como ser humano y como funcionaria modelo.

Era yo aún estudiante en la Academia Diplomática, cuando Carmela fue ascendida a la categoría de Embajadora, hace algo más de 37 años. Sabemos que fue la primera mujer en el Servicio que por sus indiscutibles méritos alcanzó la máxima categoría en el Escalafón.

En mi promoción de la Academia Diplomática habíamos tres mujeres y más de 30 varones. El muy merecido ascenso de Carmela hizo que nosotras nos sintiéramos sumamente motivadas para emprender con ahínco la profesión que nos aguardaba. Veíamos a la doctora Carmela Aguilar como un faro que habría de iluminar nuestro camino, a lo largo de la carrera. Como así fue, en efecto.

Ahora esas tres jóvenes de antes somos Embajadoras y siempre hemos tratado de seguir las huellas de Carmela, en especial sus indeclinables esfuerzos en pro de lo que ahora se denomina el empoderamiento de la mujer, es decir, sacarla de la marginación y ponerla en pie de igualdad.

En realidad, desde jovencita yo había tenido la suerte de conocer y alternar con Carmela, pues ella era muy amiga de mi mamá. Ambas eran Abogadas, doctoras en Letras y pertenecían a varias instituciones, entre ellas el Consejo Nacional de Mujeres y la Unión de Mujeres Americanas.

Escuchar a Carmela era oír la voz de la gente necesitada del Perú, con cuyos problemas se identificaba, no sólo verbalmente, sino con acciones. Bien sabemos que fue forjadora de muchos programas de apoyo social. Fue una adalid de la inclusión social.

Los padres de Carmela, sus padres, queridas Gloria, Fanny y Lily, les inculcaron esos valores de auténtica peruanidad. Y enseñaron con el ejemplo. Decía Carmela que a la abnegación de su madre, "quien se graduó en la Universidad de la vida", se unía la del papá, el doctor Rafael Aguilar Páez, una de las figuras más representativas del Cuzco, Rector de la Universidad San Antonio de Abad, Abogado, Presidente de la Corte, Senador, Periodista, un Maestro verdadero.

Una prueba de la inmensa satisfacción que Carmela sentía por sus antepasados andinos, fue el tema de su Tesis de Grado, que versó sobre las manifestaciones del Derecho Internacional en el Sistema Incaico. El Embajador Alberto Ulloa le comentaría que al entonces Canciller argentino había servido de mucho esa Tesis, para un libro que estaba

escribiendo sobre el Derecho en la Antigüedad. Ello influiría para que Carmela siguiera poco después estudios de postgrado en Buenos Aires.

Escuchar a Carmela era también oír la voz del Perú profundo, del Perú de siglos y milenios. Se sentía orgullosa que por sus venas corriera sangre de los Incas y de hablar con soltura el quechua. Por ser cuzqueña se ufanaba diciendo que había nacido en el corazón del Perú.

Y así lo dijo en una ocasión en una Asamblea de Naciones Unidas en Nueva York al entonces Presidente norteamericano Dwight D. Eisenhower, cuando éste le preguntó sobre la procedencia de un prendedor de plata con una llamita que Carmela lucía sobre la blusa.

"I am from Peru, from Cuzco, Mr. President", le dijo Carmela. "Oh, yes", le comentó el Presidente, "You are from Pichu-Machu"... Para luego agregar: "I admire Incas"...

Fue una sabrosa anécdota de Carmela, que yo le escuché contar en mi casa. Quienes ingresamos al Ministerio antes del retiro de Carmela, especialmente las mujeres, la recordamos con su tesonero afán, vivaz entusiasmo por eliminar prejuicios entonces existentes respecto a la igualdad de géneros. Y ella pregonaba con el ejemplo, con su inagotable energía en el trabajo.

Los mismos militares con quienes recorrió zonas limítrofes del Perú, cuando Carmela era Directora de Soberanía Territorial en Cancillería, reconocieron los valores de la doctora Aguilar, pues no sólo se limitaba a funciones oficinescas, sino que se desplazaba en todo medio de locomoción, y también a pie, a través de zonas de muy difícil geografía, para evaluar sobre el terreno el estado y las necesidades de los pobladores en esas apartadas áreas.

En el exterior fue Carmela también una diplomática de lujo. Debutó en nuestras Representaciones ante la OEA, en Washington y ante las Naciones Unidas, en Nueva York. Estaba recién ingresada al Servicio Diplomático, a comienzos de la década de 1950, de modo que algunos de sus compañeros varones, la miraban con cierta aprensión. En esas épocas las mujeres no eran ciudadanas, carecían de Libreta Electoral.

Al volver a Lima, estando temporalmente en situación de disponibilidad, Carmela gestionó intensamente el voto femenino, contra viento y marea. Sus esfuerzos no fueron vanos. A principios de 1956, al igual que millones de otras mujeres, Carmela tenía su Libreta Electoral y pudo votar en los comicios generales de ese año.

Más adelante, a cargo de nuestra Misión Diplomática en Israel, y como Embajadora en Portugal y en la entonces Checoslovaquia, Carmela se distinguiría nítidamente en tales naciones. Varios diplomáticos extranjeros, con quienes años después yo habría de alternar en el exterior, que habían coincidido con Carmela en esos países, se referían a ella con afecto y admiración.

Es mucho lo que podemos decir de ti, querida Carmela. Tu partida de este mundo es solamente física. Queda tu obra, tu ejemplo. Seguirás siendo el faro que encenderá los caminos que aún tenemos por delante las discípulas, y también discípulos, que dejas en tu querido Ministerio de Relaciones Exteriores, al que dedicaste más de cuarenta años, con entrega total.

Siempre fuiste muy activa, incluso activista. Pero ahora Nuestro Señor ha dispuesto que descanses en paz. Muchas gracias, muy querida Carmela.
